

## **ORIGAMI: ¿Arte o artesanía? Avancemos un poco más en la cuestión.**

Por Laura Rozenberg

Hay una aristocracia del arte que es aquella que viaja por las bienales, las galerías de arte, las casas de subastas y los sitios web especializados. Son espacios que todo artista anhela conquistar ya que por allí circula el dinero. Se vende pintura, escultura, fotografía, incluso instalaciones. El arte contemporáneo gira en torno de ese universo mientras algunos actores quedan fuera mirando como pordioseros. ¿Lo son?

El origami, por ejemplo, es una técnica que pocos se atreverían a incorporar como parte de un salón internacional. Es una práctica que arrastra el prejuicio ¿o pecado? de origen, asociado a los barquitos de papel y las grullas de la paz. Es difícil romper ese estigma porque los propios artistas del origami se sienten vencidos antes de reclamar espacio --sería una lucha difícil de ganar.

¿Por qué? Porque el arte contemporáneo navega por rumbos que no son los que suelen expresar las formas plegadas en papel. El arte contemporáneo, el que es aceptado por la crítica, el aprobado por curadores graduados con másters, es un arte que invita a la reflexión, que participa de una crítica social, que tiene un trasfondo político factible de ser traducido en palabras por esos mismos curadores capaces de escribir y describir lo que la mayoría no logra definir con palabras: el color, las formas, las percepciones y las tensiones que invocan esas obras que uno tiene ante sí.

Con el origami no suele pasar nada de esto. Pero curiosamente, tampoco pasaba con el arte gótico, que buscaba resaltar la espiritualidad religiosa. Ni sucedía durante el neoclasicismo, cuyo propósito se centraba en la búsqueda de la perfección de las formas y el equilibrio estético. Es decir, el arte no siempre fue lo que vemos hoy ni lo que exigen los códigos internacionales que dictan lo que es y no es arte en la actualidad.

Si el origami no es parte de esta vertiente contemporánea que exige un compromiso social y político por parte del artista y su obra, es porque no hay nada en el modelo terminado que así lo refleje. Tampoco hay curadores osados que le encuentren la vuelta inventando contenidos (como sucede con muchas obras --pensemos en el arte concreto).

El origami es tan huérfano de pertenencia que ni siquiera figura como categoría plástica. Ante esa orfandad, queda la esperanza de ser aceptado como un hijo de la artesanía. Pero los artistas del origami no se sienten cómodos allí. Miran para arriba, anhelan el arte superior. La artesanía tironea para abajo, hacia los barquitos de los que con tanto esfuerzo el origami trató, y logró, desprenderse aunque muchos aún ni lo noten.

Y no es que la artesanía sea un arte menor. Hay artesanos maravillosos, y hay ferias como SOFA que muestran el nivel artístico alcanzado en áreas como la cerámica, la joyería, la cestería y la talla en madera. Hay una artesanía utilitaria y otra decorativa. Ambas se venden, son aceptadas por un público que no necesariamente comparte los mismos códigos que los que circulan en las bienales de arte y a través de los ríos de tinta que escriben los curadores.

Pero en ese ámbito tampoco aparece origami. Plegar un dinosaurio con todos sus detalles presupone un dominio excelente de la técnica y el resultado es admirado como una proeza, pero no como un objeto de valor factible de integrar el mercado de la artesanía o del arte mayor.

El arte no debería cumplir otra función que la de emocionarnos, y si así fuera el origami formaría una categoría aceptada. Pero hoy el arte es representación visual "y" traducción, ambas a la vez, un cuadro sin un comentario erudito no tiene el mismo valor que uno avalado y validado por la palabra, como si ésta fuese una bendición.

Por más emoción que nos trasmita el prodigio de una hoja de papel que se pliega para transformarse en un objeto, ya sea reconocible o no figurativo, no parece ser suficiente para comulgar en el virtual reino de las artes. Lo extraordinario es que el origami no ha sucumbido del todo y, si no lo hizo, fue gracias a la inesperada red de contención que le tendió las matemáticas, un aliado que ha venido a socorrer a este huérfano bastardo. Y obviamente, el origami se ha prendido a las ciencias con todas sus garras. Porque si no pudo ir al cielo con las artes, casi seguro que podrá trepar por la escalera de las ciencias, la única que rivaliza con las artes en la capacidad de interpretar el universo, aunque con herramientas opuestas como la razón y la evidencia.

Por eso el origami ha corrido su eje y hoy se aproxima más al campo de las ciencias, donde encuentra aceptación y utilidad. Hasta recibe subsidios y se convierte a sí mismo en objeto de investigación.

Personalmente, creo que el origami sigue siendo un barco sin rumbo, como lo fue quizás la fotografía, hasta que en los años 70 el reconocimiento de su subjetividad permitió elevarla a la categoría de arte. Quizás sea eso lo que los propios origamistas deberían enfatizar, incluso alejándose del círculo endogámico de convenciones anuales, para ir estableciendo conexiones con espacios no convencionales (como la bienal del papel en Holanda) hasta lograr la atención de un mercado que, hoy por hoy, los elude. En este sentido, las matemáticas no contribuyen sino como complemento de un proceso que se ve como el reverso de una moneda: la técnica como productora de subjetividad. Un proceso recurrente en el arte, pero que en el origami aún no ha sido lo suficientemente analizado (sí explorado, pero no analizado con las herramientas de la curaduría contemporánea). Quizás con el tiempo el origami tenga la misma suerte,

y aceptación que la fotografía, y las obras hasta lleguen a subastarse y a alcanzar precios récord. El origami es arte en tanto que explora sus límites con el diseño, la escultura y las ciencias. La clave es apuntar a que el público aprecie la subjetividad que emana de una técnica llevada a la perfección.